

## EL GRAN COLOSO

Las deslumbrantes cristalerías hacían del gran edificio un espejo cegador . Como el hocico de un gran oso hormiguero, el centro comercial absorbía a la colonia de ciudadanos que penetraban en sus entrañas.

Hoy era una mañana monótona más para el padre de familia. La radio, en forma de alarma, lo despertó de su profundo sueño. Como el que ve llover, oyó una noticia en el aparato. El número premiado del gran sorteo de la multinacional de superficies comerciales había sido el 666895. El número empapó su mente como una ligera llovizna. Después de asearse y vestirse, cogió su maletín y se dirigió a la oficina. En ésta todo eran comentarios acerca del gran sorteo. El boleto premiado se había vendido en la oficina. El funcionario, aún medio dormido, cogió el suyo arrugado de la chaqueta de su traje y miró con indiferencia el número que había comprado. Sus ojos somnolientos se convirtieron en dos grandes platos de una vajilla reluciente. Su cupón, el 666895, era el ganador. Cogió su chaqueta y marchó precipitadamente escaleras abajo. Llegó al gran hocico del oso y se fue directo a la dirección. A la media hora de entrar en el despacho los flashes de las cámaras acribillaban al nuevo hombre del año. El funcionario, aturdido por lo que se le venía encima, no daba crédito a lo que estaba viviendo. Un año tendrían que vivir, él y su familia, en el centro. Un año habitando dentro del gran hocico del oso y, al final, si lograban

resistir la prueba, todo lo que contenía la enorme superficie comercial sería de ellos. Esas eran las condiciones del concurso al que todos hubiesen querido acceder, pero que sólo su afortunada familia lo había conseguido. La prueba comenzó la primera semana de Navidad. El padre de familia, la madre, los dos mellizos y el hijo pequeño, que aún era un bebé, entraron cogidos de la mano por la gran puerta de la enorme superficie. La primera semana la familia permaneció unida. Pero poco a poco el hocico del oso la fue desmembrando. La madre no pudo resistir la tentación de vivir todo el día en la gran boutique de prendas de piel, llegando a olvidar el cuidado de su hijo pequeño. Delante de los numerosos espejos del comercio, se paseaba durante toda la jornada portando los más variados abrigos de piel y esperaba ansiosamente el momento en que saldría del centro, cuando todas sus amigas pudiesen admirar su apariencia llenas de envidia. Mientras, el padre residía las veinticuatro horas del día en el gran concesionario anexo a la nave central. Pasaba todo el tiempo al volante de los diversos coches que poblaban la lujosa tienda, simulando su conducción por las más veloces autopistas de la región. El joven mellizo se había dejado atrapar por la vorágine del salón recreativo. Las pantallas de los videojuegos le presentaba un mundo de una virtualidad alienante a la cual vivía enganchado como quien se deja esclavizar por una potente droga. La hermana del adolescente se había aficionado a sentarse en medio de la pastelería devorando dulces con el apetito de un caimán famélico.

Los días pasaban y el verano llegó con su calor que todo lo derrite. La madre, completamente enajenada, carecía de la voluntad para salir de la peletería, por lo que comenzó a sufrir un calor que le resultaba insoportablemente asfixiante. El padre se quitaba, de la frente, con un arrugado pañuelo, las copiosas gotas de sudor provocadas por el calor depredador de la lujosa tapicería de piel, mientras se miraba por el retrovisor. Los ojos del joven mellizo se habían transformado en dos ventanas cuadras a la realidad de su vacío mundo virtual. Su hermana se había convertido en una enorme bola redonda que sólo hacía deglutir pasteles. ¿Y el niño pequeño? ¿Qué era de él? El bebé, gateando, había ido a parar a una enorme sala de cine y contemplaba absorto el vivo paisaje de una espléndida puesta de sol. Mientras, el centro comercial comenzó a deteriorarse. Hubo una avería en la sala de refrigeración y todos los alimentos comenzaron a pudrirse. El hedor era insoportable, pero ningún miembro de la familia, salvo el niño pequeño, se dio cuenta de ello. El bebé comenzó a gatear perseguido por el olor nauseabundo. En un instante, se produjo un cortocircuito que originó un pequeño foco de fuego. El humo se empezó a propagar por el espacio del gran centro comercial. Nadie pareció percatarse del peligro. Salvo el bebé, todos los integrantes de la familia seguían con sus adicciones esclavizantes. El niño pequeño cada vez gateaba más de prisa, llevado por su instinto de supervivencia, ya que una columna de fuego lo perseguía. Por fin, llegó hasta una gran azotea y la claridad de

un nuevo día deslumbró sus ojos ya casi miopes. Desde el cielo pudo divisar cómo se aproximaba un águila. Las cálidas garras del águila cogieron al niño con suma delicadeza y lo salvaron del incendio del gran coloso llevándolo hacia las alturas donde un mágico sol con su luz protectora alumbraba a otros hombres